

## BIBLIOGRAFIA

ARTHUR H. COMPTON. — *El sitio del hombre en el Universo*. — Colección *Espiritu y Verdad, III*. — Un volumen de 13 × 20 cm., 148 págs. Traducción de G. Báez Camargo. Ediciones "Alba". México, D. F., 1939.

La reciente visita al Perú del ilustre Profesor Arthur Compton, Profesor de Física de la Universidad de Chicago, investigador brillante de los fenómenos de radiación, descubridor del muy notable entre ellos denominado en honor suyo "efecto Compton", premio Nobel de Física en 1927, y después paciente investigador de los rayos cósmicos, una de las más recientes maravillas de la física, da cierta actualidad a este libro suyo que nos llega con atraso como suelen llegar a Lima muchos libros, a pesar del gran impulso que vá tomando ahora entre nosotros el negocio de librería. El célebre físico, hoy una de las cumbres de esta ciencia que ha venido desarrollándose en forma tan sensacional en nuestro tiempo, no se ha propuesto hacer obra técnica en este libro, que se compone de un grupo de conferencias dadas en las Universidades de Yale y Michigan y en el Seminario Teológico del Oeste de los Estados Unidos. Lejos de penetrar en las profundidades de la alta física, la obra se dirige a un público culto pero no necesariamente especializado. Y al leer la dedicatoria que de él hace a su padre el Profesor Compton, en la que lo llama "Filósofo y Amigo que por muchos años ha enseñado a sus estudiantes, a mí entre ellos, el camino hacia una filosofía cristiana, racional y satisfactoria", nos damos cuenta de que se trata en este libro de la profesión de fe de un sabio. El último párrafo del prólogo nos dá la idea directora de la obra entera. Dice así:

"Al preparar estas conferencias, me ha impresionado fuertemente "la forma en que la ciencia puede interpretarse para ofrecer un concepto moral y ético, estrechamente paralelo al que enseñan los tipos más elevados de religión. El lenguaje y el modo de pensamiento son diferentes pero la correspondencia entre sus respectivas conclusiones es muy estrecha. Lejos de hallarse en conflicto, la ciencia, como lo ha hecho notar el Deán Inge, se ha convertido en aliada de la religión. Por medio de un mayor conocimiento de la Naturaleza, conocemos mejor al Dios de la Naturaleza y sabemos mejor la parte que nos toca desempeñar en su drama cósmico".

Es lástima que el traductor de trabajo tan valioso e interesante no haya estado a la altura de su tarea. En primer lugar parece no conocer ni siquiera todos los términos usuales que se emplean en la física moderna en castellano, pues se permite inverosímiles traducciones. Dice: "celdas fotoeléctricas" por "células

fotoeléctricas" y traduce la expresión "momentum" usada en inglés, por "momento", cuando el equivalente empleado en castellano es "cantidad de movimiento". Comete también frecuentes anglicismos en términos corrientes, tales como "evidencia" por "testimonio" y "evento" por "acontecimiento", además de lo cual su estilo en general, es pésimo. Ya no son tolerables en nuestra América Latina traducciones como ésta, y mucho menos en un país del enorme adelanto literario y librero de Méjico, y la incongruencia es aun mayor debido a la excelencia tipográfica de la edición.

Pero ni aun ésta mala traducción logra anular el interés de "El sitio del hombre en el Universo". La obra tiene como tesis general la necesidad de llevar el espíritu científico —que es, o debe ser, cuando es genuino, libre de prejuicios, abierto a toda idea nueva al propio tiempo que absolutamente estricto al pesar testimonios y examinar teorías a la luz de la experiencia bien interpretada— mas allá del campo material, hasta hacerlo abrazar la totalidad de lo real, que incluye lo espiritual tanto como lo físico. "Porque una ciencia", dice el Dr. Compton "que describe únicamente los movimientos de las cosas inanimadas, pero deja de incluir las acciones de los organismos vivientes, no puede pretender universalidad. Si las acciones de los hombres no están determinadas por la ley física, se convierte en cuestión vital para la ciencia la de resolver si sus acciones están determinadas y, de ser así, por cuáles factores". Insiste sobre la bancarrota de la noción puramente materialista del universo que predominó en el siglo pasado y hasta en los albores del actual, y dice que su concomitante, el determinismo físico, "se ha tornado cada vez menos probable para los físicos que fueron precisamente los que en un principio lo patrocinaron". El descubrimiento de que los fenómenos naturales no obedecen a leyes exactas ha revolucionado el pensamiento científico. Y declara Compton que habiendo contribuido con sus propios trabajos a efectuar esta revolución, se siente especialmente obligado a estudiar lo que significa dicho cambio para la vida y el pensamiento humanos.

Para los griegos, la ciencia fué la búsqueda de respuestas a preguntas formuladas por la curiosidad intelectual, y no investigaciones de fenómenos que podían utilizarse para los fines prácticos de la vida. El genio filosófico de Sócrates, Platón y Aristóteles mantuvo esta desviación de la ciencia hacia la especulación pura y la confirmó en su carácter de simple asociada de la filosofía. Casi desdeñada en Grecia, se refugió en Alejandria y Siracusa donde se hundió en las brumas de la magia y el misticismo orientales. Es verdad que se le cultivó con cierto fervor entre los sabios del Islam, pero en la China y en la India, culturas desfavorables al criticismo científico, la ciencia pura fué completamente desdeñada y debió esperar el florecimiento intelectual de la Europa medioeval para surgir de nuevo y ya con el carácter que hoy le conocemos de auxiliar y finalmente directora de la vida material cotidiana (1). Pero en una

---

(1) Nuestra distinguida colaboradora, la Sra. Parks, nos manifiesta que este párrafo expresa, en síntesis, ideas del Profesor Compton. Dejamos constancia de nuestro absoluto disenso de esta concepción mezquina que ve en la ciencia un conjunto de nociones útiles y de pura finalidad práctica.—*Nota de la Redacción.*

época tan espiritual, íntegra y homogénea como la Edad Media, tenía forzosamente la ciencia que conservar también su viejo carácter helénico de auxiliar de la filosofía y por consiguiente de la religión. Así lo comprendió el genio universal de Santo Tomás de Aquino, y así lo expresó en el lema "Scientia et religio ex uno fonte". Y con Rogerio Bacon y sus continuadores principió esa carrera triunfante y ya independiente de la ciencia que culminó en el orgulloso e insolente determinismo científico-materialista el cual llegó a su apogeo en el siglo XIX.

Pero hoy el determinismo materialista está sobrepasado. "Heisenberg nos dice que la ciencia debe abandonar su acariciada ley de la causalidad", aun cuando otros de los grandes sabios actuales, como Planck y Einstein no estén de acuerdo con esta opinión. Pero cree el Profesor Compton que quienes se han familiarizado con la nueva mecánica planckiana de los "cuantos" disienten en su gran mayoría del insigne creador de esa teoría y piensan como Heisenberg y como él mismo.

Después de pasar revista rápidamente a la historia de la pugna entre los conceptos de libertad y de determinismo en el pensamiento del mundo, el Profesor Compton concluye que, "Durante el periodo moderno, lo que ha hecho tan difícil de justificar la creencia en nuestra libertad de acción, ha sido la completa aceptación del determinismo absoluto del mundo físico, que vino como consecuencia de los triunfos de la mecánica de Newton", y se sorprende de que se haya aceptado tan ciegamente el determinismo newtoniano cuando la libertad humana es una verdad que nos enseña nuestra experiencia diaria y que si las leyes de Newton niegan nuestra capacidad de mover la mano a voluntad, dichas leyes exigen modificación. Y es que los físicos han tendido siempre a tratar la materia como si toda ella fuera inerte e inorgánica. Han hecho caso omiso del factor psíquico o lo han considerado como mero producto o excrecencia brotada sobre el universo físico y enteramente dependiente de éste. Las leyes de Newton, lejos de ser válidas para toda la materia, parece que dejan de serlo en la escala atómica. Esta conclusión condujo a Heisenberg a postular su principio de la incertidumbre, una de las hipótesis fundamentales de la física contemporánea, merced a la cual, opina Compton, las aparentes paradojas del sistema atómico se resuelven inmediatamente, opinión ésta que comparten la mayoría de los grandes físicos actuales en contra de Einstein, que mantiene la antigua posición rigurosamente determinista que sus propios trabajos y sus propias teorías han contribuido a demoler. Si los fenómenos que llamamos psíquicos estuvieran subordinados al organismo físico hasta el punto de obedecer ineludiblemente a sus órdenes o estímulos, la conciencia resultaría supérflua. "En otras palabras, no hay absolutamente ninguna razón para esperar que una cosa no física tal como la conciencia sea el producto secundario de una corriente nerviosa físico-química". Y Compton se declara de acuerdo con la afirmación de Bergson de que la actividad cerebral no corresponde sino a una íntima parte de la actividad mental.

"La ciencia deja al hombre la posesión del dominio de sus propias acciones, dentro de los límites establecidos por la ley natural. Además, cada progreso de la ciencia fortalece el poderoso argumento en favor de la moralidad que Pitá-

goras veía en un mundo gobernado por la ley. En vez de destruir los fundamentos de la moralidad, la ciencia ofrece ahora nuevas razones por las cuales debieran los hombres disciplinar su vida y proporciona nuevos medios con los cuales pueden hacer más perfecto el mundo en que viven".

"Por el contrario, mientras más sabemos de nuestro mundo, se nos hace más y más remota la posibilidad de que se hubiese originado por obra del azar, de manera que seguramente son pocos los científicos de hoy día que defenderán una actitud atea". Y de allí pasa Compton, tras de muy interesantes consideraciones, a declarar que lejos de ser anticientífica como lo creyó el siglo XIX o a lo menos los más presuntuosos entre los hombres de ciencia de ese siglo, la creencia en Dios es la única actitud espiritual que verdaderamente se puede llamar científica a la luz de los descubrimientos y teorías de nuestro siglo en el que el mecanicismo y el determinismo están completamente sobrepasados. Excepción hecha de unos cuantos retardatarios incurables, es la manera de pensar de los hombres de ciencia actuales. Compton expone la opinión interesante de que, en los albores del mundo, Dios quiso mantener en sus propias manos una gran parte de la responsabilidad inmediata de lo que en él acontecía, pero que a medida que la capacidad del hombre se ha ido desarrollando, ha tenido por conveniente transferir a éste una parte cada vez mayor de dicha responsabilidad, y recalca el honor que Dios ha concedido al hombre al hacerlo así su colaborador en la magna tarea de convertir a ese mundo nuestro que a Dios pertenece, en marco digno de la vida dotada de inteligencia que Él se ha dignado crear. La misericordia de Dios, aunque es algo muy real, "ha de encontrarse en la esfera psicológica más que en la física". No debemos desconsolarnos demasiado por nuestras faltas, sino confiar en esa misericordia divina. "Es aquí donde una religión sana y bien equilibrada ofrece el confortamiento que los hombres anhelan".

Y concluye este libro hermoso e inspirador con algunos párrafos de profundo sentimiento religioso imbuido en las enseñanzas de los evangelios y las epístolas. "Jesús considera la inmortalidad como el curso natural de los acontecimientos en un mundo gobernado por Dios como un Padre amante". "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna".

Aparte del interés profundo que tiene un libro escrito por un sabio de la talla del Profesor Compton en forma de glosa espiritual a las verdades científicas que sus propios estudios han contribuido a establecer, este libro es profundamente consolador en nuestra actual época de incertidumbre y de caos. Su autor no es católico; si se le preguntara qué religión profesa, probablemente nombraría a alguna de las iglesias de cepa protestante que hay en los Estados Unidos, y que luchan también, como tan valientemente lucha la Santa Iglesia Romana, contra esa marea de materialismo mecanicista que ahoga a los espíritus medianos aunque ya se ha retirado casi por completo de las cumbres del pensamiento científico que se yerguen en medio del silencio activo y tesonero de los laboratorios. Pero el Dios en cuyo honor ha sido escrito este libro, como el himno de alabanza *sui generis* de un creyente del siglo XX, no es el Dios de ninguna estrecha secta puritana o disidente: es el Dios de los Salmos y de los Evangelios, al que se puede llegar por todos los caminos mediante la fe y la

humildad, y al que se encuentra lo mismo en el orden complicado de un laboratorio de física que en la paz de los campos o en el recogimiento grandioso de las enhiestas catedrales románicas y góticas.

*Mercedes GALLAGHER DE PARKS.*

*DANTE ALIGHIERI. — La Divina Comedia. — Versión castellana de Antonio Babuglia. — Un vol. de 415 págs., 21 × 29 cm. — Buenos Aires, 1941*

A finales del siglo pasado apareció en América una traducción en verso castellano de la "Commedia" del Dante. Su autor, el ilustre argentino Bartolomé Mitre, confesó haberse dedicado a tan gigante tarea acicateado por el deseo de llenar el vacío notable que había de una versión castellana perfecta de la obra del insigne florentino. Juzgaba Mitre, que una nueva versión se imponía, después de la poco afortunada del Conde Ceste.

Han pasado los años y nuevamente florece en la República del Plata la palabra rimada del Dante. Esta vez es el ingeniero Antonio Babuglia, quien, con sencillez y elevación que lo enaltecen, ha puesto su cultura y su estro poético al servicio de tan bella causa, con las únicas miras de "levantar los espíritus a las alturas" y "revivir el ideal", según declara textualmente el malogrado traductor en su prólogo, fechado en 1927.

En dicho prólogo, trata de justificar Babuglia los motivos que lo guiaron a traducir únicamente los dos primeros Cantos: El Infierno y El Purgatorio, dejando de lado El Paraíso (como si éste no fuera coronación y cúspide del edificio dantesco). Su explicación no llega a satisfacer plenamente y, en verdad, es de lamentar que voluntariamente rompiera la unidad de una obra tan perfecta y completa como ésta, más aún, si se tiene en cuenta que, a decir de Papini —a mi ver, el más feliz intérprete del Dante— es en El Paraíso en donde "puede afirmarse que el poeta se ha superado a sí mismo y ha, casi, traspasado la extrema posibilidad de la palabra". . .

La nueva versión de Babuglia revela en él, a más del conocimiento del idioma, un notable deseo de ser fiel, celosamente fiel, al original toscano, en el que va germinaba esplendoroso el italiano moderno. Y, tal vez, si es este anhelo de fidelidad, que acompaña al autor en toda su obra, y no una deplorable escasez de léxico castellano, el causante remoto de algunas de las imperfecciones gramaticales y poéticas que son fáciles de advertir en una lectura atenta de los tercetos.

He encontrado por ejemplo, que, en no pocos casos, Babuglia se ha visto forzado a romper la rima perfecta de los endecasílabos, que Dante mantiene de principio a fin, y ha dado paso a la asonancia, lo cual en una obra clásica suena a imperfección. También he hallado palabras que me atrevo a calificar de italianismos, por no encontrarlas en nuestro diccionario y por no ser usuales en castellano, y he creído descubrir en la ascendencia del traductor el motivo que explica tales vocablos.

En un poema de la extensión de "La Divina Comedia", se comprende que sea difícil para el que traduce, derrochar una rima rica y variada, y tal ha sucedido a Babuglia, que, si no de manera general, en algunos casos revela la dificultad que ha tenido en este aspecto, viéndose precisado a la repetición de una misma consonancia.

Fuera de estas pequeñas observaciones que no creo que resten mérito al traductor, hay que declarar que resalta en su trabajo el esmero que ha puesto en conservar la música y la rima del original, de aquí que sea lo más notable en su traducción, la fidelidad conseguida. Es fiel aún en las ideas más confusas y no sacrifica la idea dantesca a una más comprensiva expresión moderna: prefiere la obscuridad, si es que la halla en el poema. Y es más, logra con acierto transportar las recónditas bellezas líricas del Dante.

Esta nueva versión en verso castellano, viene a ayudar a los estudiantes que buscan en las bibliotecas las obras famosas en nuestra lengua. Lástima es que no esté completa. Siquiera contribuye a difundir una obra de valor universal como es "La Divina Comedia" en el modo en que la escribió su autor, pues la versión en prosa no llena al espíritu exigente, ya que da idea del fondo, narra el argumento, pero no hace sentir —en todo lo que puede lograrlo una traducción— el idioma y la forma poética del original.

Isabel REYES.

---

*ANTONIO MAURA. — Discursos Conmemorativos. — Un vol. de 11 × 18 cm., 221 págs. — Espasa Calpe S. A. — Buenos Aires.*

Encomiable acierto significa la publicación, en nítido volumen de la utilísima colección denominada *Austral*, de esta serie de discursos de Don Antonio Maura, el egregio Director de la Real Academia Española desde 1913 hasta 1925 en que falleciera. Se trata de la reunión de oraciones pronunciadas en múltiples ocasiones conmemorativas, piezas la gran mayoría necrológicas, elogios de los académicos fallecidos durante su mandato. Pronunciadas en la intimidad del ilustre hogar intelectual, fueron felizmente recogidas en el Boletín de la Academia, importante publicación creada por su iniciativa y mantenida por su infatigable celo. De las páginas del Boletín, por su propia naturaleza limitadas y poco accesibles, pasan ahora a este libro para ponerse en rápido contacto con el gran público que puede así apreciar un aspecto poco divulgado de la oratoria de Maura, mucho más conocido a través del recuerdo de su afamada elocuencia política y forense. Mas como muy bien advierte el proloquista — su propio hijo el Duque de Maura — ha habido un indudable acierto editorial al reducir la antología a estos "Discursos Conmemorativos" preservados por su carácter inactual, apolémico y aún apolítico, de los inconvenientes saltantes que ofrecería la publicación de los Discursos políticos, casi ininteligibles al estar ausentes los interlocutores con quienes era usual mantener frecuentes diálogos, y para cuya amena comprensión sería menester exacto conocimiento de las ideas, del ambiente y de los sucesos coetáneos.

Aunque en la colección que comentamos no ha de reflejarse por cierto, todo el estilo oratorio de Maura sino más bien su estilo literario, hay suficiente para apreciar sus altas dotes y sus singulares cualidades. Quedan de relieve en los 32 discursos reunidos en el volumen referido, el generoso y noble pensamiento, la vasta cultura, el dominio del lenguaje, la elegancia de expresión, la hondura y sinceridad del patriotismo del notable político, académico y orador, sujeto como la mayoría de las grandes figuras de la vida pública y de las letras a los vaivenes del vituperio y del aplauso. Pero si como hombre de Estado, entre los que fué por cierto modelo de probidad, acierto y clarividencia, ha podido ser su figura discutida, incomprendida y combatida, dada la pasión anexa a las funciones gubernativas y al actuar necesariamente envuelto entre las luchas partidaristas como bien sabemos singularmente violentas en España, no cabe discusión sobre los intrínsecos y valiosos méritos que Maura poseía en el aspecto intelectual y que admiramos en sus discursos. Sus aciertos críticos, su sólida erudición, campean por doquier. En espléndida revista desfilan sucesos, méritos, figuras y tendencias ya rindiendo homenaje a hechos y personajes de la Historia como en su discurso a los Cadetes del Arma de Infantería, en el Centenario de la Guerra de la Independencia, en la inauguración del Monumento al Pueblo del 2 de Mayo, en el IV Centenario de la muerte del Gran Capitán, o cumpliendo su doloroso cometido de rendir postrer elogio a sus ilustres colegas contemporáneos de la Academia.

Los autores y los géneros son juzgados por Maura con brillantez y auténtico dominio del asunto, sin vanos ni teatrales alardes de dogmatismo y autoridad. Con límpida sencillez, sin perderse en inútiles consideraciones, adentrándose en el meollo de los temas, presenta las razones de los méritos del autor que comenta y los rasgos de su personalidad en síntesis acabadas y completísimas.

No hemos de hacer en esta breve información bibliográfica el examen de la diversidad de piezas oratorias. Todas son igualmente recomendables y dignas de lectura, aunque algunas atraigan singularmente nuestro interés. Así particularmente admiramos sus elogios de Castelar, Echegaray, Pérez Galdós, Menéndez y Pelayo y Don Juan Valera. Hablando del glorioso polígrafo Santanderino tiene estas rotundas y hermosas frases, de las más acabadas que en su honor y exaltamiento se hayan pronunciado. "A Menéndez y Pelayo aseguran lugar en el Cenáculo luminoso, no tan sólo la ordinaria compenetración de las almas humanas, sino también el acierto de no atenerse al rico venero de su personal mentalidad. De los calabozos del olvido rescató las almas excelsas de cuantos durante siglos pasados, en el franco mundo moral, científico o artístico, menos caduco e inseguro que las dominaciones políticas, había formado y ennoblecido una Patria Española; y no las trajo a los dominios de la luz para dejarlas momificadas, decoraciones eruditas de lejanías históricas, sino que las infundió nuevo aliento, y, redivivas, las asoció a su propia labor, a la de los contemporáneos y a la de los venideros". (Pág. 57). En otro lugar añade: "Por todo esto, Menéndez y Pelayo tuvo un vivir actual, inseparable del vivir retrospectivo y del vivir anticipado, hollando las lindes y volcando los hitos del tiempo. Por eso su personalidad es una de las que se convierten en apellidos nobi-

liarios de las nacionalidades; que en estos panoramas de la Historia acontece como en los de la Naturaleza: que en ellos retenemos las siluetas de las cumbres". (Pág. 58). Dirigiéndose a los voluntarios catalanes supervivientes de la Guerra del Africa, sobre la hondura del sentimiento patrio entre otras cosas dice: "El amor patrio es el único, el único talismán que realiza esta maravilla de fundir el presente con el pasado y con lo venidero; hacer de los egoísmos fuerzas convergentes; reducir los antagónicos y contrapuestos intereses a unidad orgánica, a esa unidad que se llama nación, que no será inmortal si no tuviese raíces hondas en esa historia y no avanzase en esperanza al tiempo futuro. Por eso no sucumbe bajo los reveses, las adversidades y los vencimientos". (Pág. 33).

A propósito de Valera sus juicios son sumamente penetrantes. Frente a las comunes opiniones que lo tienen por tornadizo, de excepticismo indiferente y despegado, él dice en paladina declaración rectificatoria de sus anteriores e incompletas opiniones, que lo tiene por "de convicciones claras, resueltas y firmes" afirmación que luego examina y justifica a través de los variados y ricos aspectos de la personalidad del incomparable autor de *Pepita Jiméncz*. Nos habla de su labor crítica en que "con probidad mental bien acendrada pone en balanza lo favorable y lo adverso hasta acabalar la equidad y contar los quilates netos del mérito". (Pág. 207). Se refiere a sus doctrinas estéticas del arte por el arte en las cuales el autor tiene su único y propio fin en la belleza y recorre autónoma órbita distinta de las trazadas para la ciencia y la moral, e interpreta también el proceso psicológico que experimentó Valera en cuanto a creencias religiosas.

Hallamos párrafos magníficos sobre el nacionalismo de Pérez Galdós (Pág. 142), la ubicación del teatro de Echegaray (Pág. 96 y siguientes), sobre las investigaciones y fecundos trabajos de Don Francisco Codera, el docto arabista (Pág. 110 y siguientes), y sugerentes reflexiones sobre la Doctora de Avila de la que lleno de admiración dice: "Santa Teresa es una voluntad que lo puede todo porque quiere bien y no quiere más que bien. Una voluntad que levantó su figura ingente donde no había pedestal y la levantó hasta la estatua que la vemos y la adoramos sin más elementos que su propio espíritu y la tenacidad de su adhesión al bien" (Pág. 171).

Innumerables serían los pasajes dignos de destacarse especialmente, dentro del ya armónico y sobresaliente conjunto. Se trata de piezas no sólo para una lectura amenísima sino aún para provechosa y utilísima consulta. Difícilmente podrá encontrarse una colección de discursos breves en que exista mayor contenido y enseñanzas, mayor despliegue de refinamiento espiritual, de auténtico señorío y elegancia intelectuales.

Jorge VILLARAN PASQUEL.

DOMINGO BUONOCORE. — *Guía para fichado y catalogación.* — 1 vol. de 118 págs., 16 × 23 cms. — Santa Fé, Imprenta de la Universidad, 1941. (Ministerio de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Universidad Nacional del Litoral. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Biblioteca).

Los bibliotecarios de habla española verán con agrado la aparición de esta obra del señor Buonocore, Director de la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral, Santa Fé (Argentina), por el loable esfuerzo que ella representa y por el aporte que significa para la bibliografía existente en idioma español sobre las disciplinas biblioteconómicas.

En los capítulos I y II, el autor estudia la estructura, caracteres y formas del libro, considerado en su aspecto material e histórico, como asimismo lo referente a la imprenta, su origen, desarrollo, primeras ediciones, etc. La lectura de estos dos capítulos puede recomendarse a todo aquel que desee iniciarse como bibliotecario o simplemente como catalogador.

En el capítulo III, explica el autor cuáles son los elementos del libro que deben anotarse en la ficha de catalogación, pero en cuanto a la redacción misma de ésta, da pocas reglas. Por esta razón, no alcanza a tener utilidad práctica para un principiante, quien no quedaría suficientemente informado sobre la forma de redactar la ficha en cuestión. Además, existiendo un modelo de ficha, que por lo práctica se ha hecho de uso internacional, parecen inapropiados los ejemplos que se insertan en el texto.

El capítulo IV titulado "Normas para unificar la práctica de la catalogación" da únicamente las referentes a las "entradas" para la ficha principal, sea que se trate de obras que tienen autor, sea de libros anónimos o de publicaciones oficiales y termina con algunas reglas para alfabetización de las fichas.

El capítulo V nos ofrece la oportunidad de tratar sobre la necesidad que existe de unificar conceptos sobre los términos empleados en Biblioteconomía, en los países de habla española. Mientras que para el señor Buonocore — lo mismo que para otros bibliotecarios argentinos como el señor Selva en su *Manual de Biblioteconia* — el fichado y la catalogación constituyen dos tareas, en los Estados Unidos se consideran como una sola, independiente a su vez de la clasificación por materias. Así lo leemos en la obra titulada *A Glossary of technical library and allied terms in Spanish and English*, publicada bajo los auspicios de la Inter-American Bibliographical and Library Association por el Padre David Rubio y Miss Mary Carmel Sullivan, en la cual encontramos dichos términos y sus respectivos conceptos:

"*Catálogo.*—Lista comúnmente ordenada de acuerdo con un plan determinado, de los libros que existen en una biblioteca.

"*Catalogación.*—Es el arte de inscribir detalladamente el conjunto de volúmenes, con el fin primordial de ordenarlos para en-

contrar, en un momento dado, con la mayor precisión, cualquier obra.

"*Clasificación.*—Consiste en la distribución de libros, folletos, etc. de una biblioteca, según el orden de un sistema determinado.

"*Fichero.*—Véase Catálogo".

La palabra "Fichado" no está considerada.

Dado el desarrollo alcanzado en los Estados Unidos por la ciencia biblioteconómica, consideramos conveniente adoptar, en su equivalente español, los términos usados en ese país. Así se evitarían casos, como en el que incurre el señor Buonocore, al emplear los términos de ficha de "referencia", ficha de "llamada" y ficha de "reenvío", para referirse a una misma tarjeta.

Sobre las clasificaciones bibliográficas, el autor informa que las más conocidas son las de Brunet y Dewey. Omite nombrar dos de los principales sistemas: el de la Biblioteca del Congreso de Washington, creado para clasificar su propia colección y usado hoy por la mayoría de las bibliotecas universitarias y científicas de los Estados Unidos y el llamado de Bruselas, muy empleado en bibliotecas europeas y aún en algunas norteamericanas de carácter especializado.

El último capítulo: "Las citas bibliográficas" ofrece reglas utilísimas sobre la forma en que los autores deben citar, en la obra propia, las fuentes de su trabajo pero, a nuestro juicio, no encuadra estrictamente dentro de la índole de la publicación que comentamos.

Al dar su "Bibliografía Sumaria", el autor indica que ella comprende únicamente las obras llegadas a su conocimiento directo. Resulta, sin embargo, difícil de comprender que libros como el magnífico de Miss Isadora Gilbert Mudge *Guide to Reference Books* (6ª ed. pub. en 1936), el Suplemento al mismo (1937) y el libro de Mr. Louis Shores *Basic Reference Books* (2ª ed. pub. en 1939) no hayan llegado a sus manos. Se omite también, en la sección "Biblioteconomía", toda bibliografía referente a "clasificación" y a "encabezamientos". En la sección "Bibliografías universales" sólo se consignan tres: las de Brunet, Graesse y Calot, faltando las de Querard, Barbier, Lorenz, Valdrax y la colección titulada *Biblio.* para citar sólo las colecciones francesas más completas; las de Heinsiusz, la *Deutsches Bücherverzeichnis*, la *Deutsche Nationalbibliographie* y el *Deutscher Literaturkatalog*, entre las alemanas; el *United States Catalog*, el *Cumulative Book Index*, entre las norteamericanas, etc. Y falta verdaderamente grave comete el señor Buonocore al no mencionar en la "Bibliografía de historia argentina y americana" obras como las siguientes argentinas:

Anuario bibliográfico de la República Argentina. 1879-1887. Buenos Aires, 1880-1888. 9 vols.

Argentina. Ministerio de RR. EE. y Culto. Biblioteca y archivo. Boletín internacional de bibliografía argentina. Buenos Aires, 1930-32.

Bibliographia general argentina, por Manuel Selva, Fortunato Mendilaharsu y Lorenzo J. Rosso. Publicación auspiciada por la Comisión protectora de bibliotecas populares. Buenos Aires, Rosso, 1931-1933. 2 vols.

---

Guía periodística argentina y de las repúblicas latino-americanas. 1930-31. Buenos Aires. F. A. Le Rose, 1930.

La Plata. Universidad Nacional. Facultad de humanidades y ciencias de la educación. Anuario bibliográfico, 1926-1929. La Plata, Instituto bibliográfico, 1927-1930. 4 vols. en 6.

Mención especial debió merecer el *Handbook of Latin American Studies*, publicado por la Universidad de Harvard, Cambridge, Massachussetts, y confeccionado por Mr. Lewis Hanke.

En general, cabe afirmar que los países americanos, aparte de la Argentina, están completamente olvidados, siendo así que del gran bibliógrafo José Toribio Medina, sólo se cita su *Biblioteca hispano-americana*, a pesar de ser autor de muchas obras más, que deberían haberse incluido, por lo menos, en una referencia donde su lista pudiera ser encontrada.

Si se tiene en cuenta la escasa bibliografía que existe en lengua española sobre la materia que nos interesa y la primordial necesidad de difundir el estudio de esta disciplina en Hispano-América, la obra del señor Buonocore no realiza cumplidamente la misión de guía a que aspira su título, porque, si bien contiene aspectos de interés general, tratados con acierto, no puede ser usada por los catalogadores o estudiantes de Biblioteconomía, para orientarse en los problemas que se presentan en su labor diaria.

*Teresa UMLAUFF LEON.*